

## SUMARIO

*El patriotismo de un pueblo, ha sido el factor resolutivo de una campaña.—El ingreso en las academias militares, por Un Aspirante á Veterano.—El duelo de artillería.—El porvenir del aeroplano.—Ojeada sobre la guerra turco-balcánica, por J. C. Guerrero.*

### BIBLIOTECA

Pliegos 19 y 20 de «Una visita al ejército ruso», por D. Carlos Requena.

Pliegos 1 y 2 de «La artillería de tiro rápido y la infantería».

---

### EL PATRIOTISMO DE UN PUEBLO, HA SIDO EL FACTOR RESOLUTIVO DE UNA CAMPAÑA

El Capitán A. Trapmann, del batallón ciclista del regimiento de Londres, ha dado no hace mucho una conferencia en el círculo de la *Royal United Service Institution* relatando los recuerdos de la campaña de los griegos en el Epiro, durante la reciente guerra con Turquía, que presencié en parte. De los episodios que refiere se deduce que en el concepto puramente militar, los griegos no estuvieron muy afortunados y que vencieron, porque los turcos se declararon derrotados antes de combatir, pero no por la superioridad de concepción, de maniobra y de ejecución. Desde este punto de vista es curioso lo que narra sobre el combate de Pesta, que traducimos íntegramente:

“A mi juicio, la batalla de Pesta, nos ofrece muchas lecciones en el concepto militar. Pesta se encuentra en la desembocadura del valle de Pentepigadia. Está unas dos millas dentro del valle y no puede verse desde la carretera principal.

El avance se ejecutó por el camino de Pentepigadia por una columna de todas las armas fuerte de unos 4000 hombres (aunque digo de todas las armas, no había más que una sección de caballería). En la carretera principal teníamos tres batallones, cuatro cañones pesados, y doce cañones de campaña; y á nuestra izquierda, en la falda de la cadena de montañas situada á este flanco, marchaba la segunda división, que acababa de llegar de Salónica. El plan era avanzar sin pérdida de tiempo. El oficial que á la sazón desempeñaba el cargo de jefe de estado mayor del general, era el coronel Yuani, hombre que no conocía el miedo: sus oficiales lo tenían como temerario, y no cesaban de moderar sus impetus; paseaba bajo el fuego con la mayor tranquilidad, pero sus tropas le adoraban y le seguían sin vacilar; no había oficial más osado. Apenas recibió la orden de avanzar,

se apresuró á arrojar á los turcos de Pesta á punta de bayoneta. Yo me encontraba en la carretera principal, y no puedo decir nada de este avance parcial; en aquella carretera se encontraba el general y los automóviles; desgraciadamente el automóvil del general no llegó y no avanzamos cuando debimos hacerlo. Cuando el general llegó, pareció vacilar. Aunque había recibido un parte de su ala derecha, diciendo que los turcos estaban en plena retirada, aunque con mis gemelos de campaña yo distinguía cómo se retiraban las columnas turcas y me consta que algunos oficiales del estado mayor las veían también, no nos movimos de la posición. El general despachó su medio escuadrón de caballería, que se adelantó kilómetro y medio, se detuvo allí mucho tiempo y, finalmente, retrocedió diciendo que no había encontrado á los turcos. El centro y la izquierda permanecieron iractivos aquel día. El avance no continuó hasta las once de la mañana siguiente. Era evidente que los turcos habían dejado una mera retaguardia para detenernos; por fin el general dispuso que avanzara la izquierda. Así lo hizo la segunda división, y comprendimos después que los turcos no sospechaban que aquella división se encontraba en el teatro de operaciones precedente de Salónica.

El avance se efectuó sin que lo advirtiera el enemigo, pero un oficial cometió una torpeza. No pertenecía á la segunda división, sino que formaba parte de una de las baterías de montaña de la antigua división del Epiro. Vió una batería turca, y creyendo que se le presentaba una ocasión favorable, abrió el tiro con sus cañones de montaña. Inmediatamente las baterías turcas contestaron al fuego cañoneando á la división, que sufrió duras pérdidas y no pudo seguir adelantando en todo aquel día. Al siguiente, la retaguardia turca continuó el movimiento de retroceso. Fue una lástima que se perdiera aquella oportunidad de envolver á los turcos. Supimos por algunos prisioneros que capturamos que, si á la vez que nuestra derecha avanzaba temerariamente, hubiera habido alguien en el centro que dijera: "El general no ha llegado pero manda que avancemos,," no solamente habríamos ganado una victoria, sino que nada se hubiera opuesto á la marcha, que los turcos no hubiesen tenido tiempo de poner en estado de defensa la fortísima posición de Bishani, que la retirada no se detuviera hasta Yanina, y no tengo la menor duda que esta plaza habría caído desde luego en nuestras manos.,,

Pero si los generales griegos y en general los jefes de columna y los directores de los ejércitos no han adquirido gran fama y gloria en la campaña del Epiro, el pueblo griego demostró entonces un patriotismo ejemplar, al que se refieren estos párrafos del capitán inglés:

"Cada hombre que forma parte del ejército de operaciones es un admirable ejemplo de patriotismo. El patriotismo de la nación griega en todo el mundo es tan grande como el valor que tanto admiramos en los japoneses. Presentaré solamente dos ejemplos. En los Estados Unidos de

América había 213.000 griegos varones, mujeres y niños, y de ellos 57.000 hombres regresaron á la madre patria y están ahora en campaña ostentando el uniforme del ejército. Puedo afirmar también, porque lo sé por conducto enteramente digno de crédito, que aunque estos 57 000 hombres pudieron haber venido con el pasaje pagado por el Estado, sólo dos de ellos aprovecharon esta ventaja. Otro detalle hará ver de lo que son capaces los griegos. En cierta ocasión departí con un hombre que viajaba en un barco de tropas. Era un griego que había pasado casi cinco años en Australia, y sus deseos se cifraban en entrar en los tribunales australianos para lo cual era necesario que llevara cinco años de residencia en aquel país; al estallar la guerra, y aunque su marcha significaba la pérdida de los cuarenta y tantos meses que había permanecido en Australia, no vaciló; reunió á sus compatriotas de la provincia de Queensland, unos treinta, casi todos ellos pertenecientes al comercio de ínfima categoría, y vendedores de pesca salada, pequeñas tiendas, etc., gente toda de escasos recursos, y abrió una suscripción para la guerra, recaudando en el acto tres mil quinientos duros. Uno de aquellos le entregó 300 duros, diciéndole: "Quiero que se lleve V. todo mi dinero, 300 duros. Ya sé lo qué hago. Me maré horriblemente y estuve mareado todo el tiempo y mi mayor gusto sería pagarme un pasaje de segunda clase con mi dinero para regresar á Grecia. Como sé que hay en nuestra patria muchos á quienes hace más falta este dinero que á mí, lo entrego todo, todo; yo me procuraré influencias para regresar gratuitamente. ¡Sé que no sirvo para nada, pero no obstante marcharé á Grecia!,,

"Lo qué he visto de Grecia, del pueblo griego y de su carácter, á despecho de haber permanecido 500 años bajo un gobierno exótico, me demuestra que los griegos han sabido conservar los caracteres esenciales de su nacionalidad. Un gran porvenir se abre á Grecia. Son industriosos, viven con casi nada, no necesitan comodidades ni refinamientos, no son egoistas, son muy patriotas y están resueltos á llegar hasta el fin, suceda lo que suceda... El día en que Grecia tomó Salónica, dió la orden para la construcción de un "Dreadnought,, y al terminar la guerra construirá otros dos. Tal vez no es conocido este detalle del encargo del "Dreadnought,, ni que encontró enseguida el dinero necesario; de la misma manera encontrará el dinero por medio de suscripciones privadas para encargar otros dos.,,

¡Hermosa enseñanza es ésta! El pueblo griego ha ganado la campaña, pese á las deficiencias de organización del ejército y á las mayores aun del mando. Una vez más ha ocupado el primer papel "la voluntad de vencer,, voluntad que en este caso estaba antes en las filas y en el pueblo que en la cabeza.

## EL INGRESO EN LAS ACADEMIAS MILITARES

No es ésta la primera vez, ni probablemente será la última, que nos hemos ocupado en tan interesante tema en estas columnas.

El ingreso de los aspirantes en una Academia militar es uno de los puntos más salientes de su vida y suele imprimir huellas indelebles para todo el resto de su existencia. La desaplicación, al parecer imprevista é inexplicable, de unos, y el entusiasmo por el estudio súbitamente despertado en otros, contra lo que sus antecedentes daban á entender, son hijos muchas veces del acto de los exámenes de ingreso. Estudiantes á los que se les exigen con profusión de detalles, á conciencia, materias matemáticas ó de otra clase, y que observan luego de ingresados de cuán poco les sirven conocimientos que tan trabajosamente adquirieron, suelen desanimarse y pierden la fe, aquel impulso que tan necesario es para obtener buenos frutos en todas las ramas de la actividad humana. Otros, al contrario, que en la preparación no desplegaban grandes arrestos ni ponían gran fuerza de voluntad, una vez vistien el uniforme militar se trasfiguran y son modelos de estudiantes y de hombres.

Y es que hay que distinguir entre el hombre, encerrado bajo la apariencia de un muchacho de dieciseis años, y el estudiante, que sólo trabaja para alcanzar un fin determinado y no por el deseo de saber.

Estos dos aspectos del aspirante no suelen ser diferenciados y apreciados debidamente en nuestras academias militares, ni en general en ningún centro de instrucción, sea civil ó militar. En tales lugares se acostumbra á tener en cuenta únicamente el elemento estúdiante, y el elemento hombre queda desatendido, revelándose á veces más tarde en abierta oposición al concepto que se habían formado los profesores. Podríamos citar ejemplos, pero abundan tanto que casi puede afirmarse que la regla general la constituyen aquellos alumnos en los que no están de acuerdo el *estudiante con el hombre*, ó mejor dicho el *militar*.

Aquellas materias que luego han de servir de base para adquirir conocimientos más profundos y elevados, bien está que se exijan con extensión y solidez; pero en cambio aquellas otras que luego no tendrán aplicación directa, quedando su papel relegado á completar la cultura general, no deben servir jamás como motivo de admitir ó suspender á ningún examinando.

¿Qué ventaja se lograría, por ejemplo, de que ingresen en una Academia jóvenes que dominen la literatura, más que la gramática, que sean literatos en cuerpo y alma, si más adelante tendrán que desatender las letras para dedicarse á las ciencias y á las armas? ¿Qué frutos se reportarían, en tal otra Academia, de admitir matemáticos en ciernes, hombres de meditación y de gabinete, si lo que conviene son hombres de acción, de resolución rápida y ojeada pronta, incompatible con el pesar analíticamente el pró y el contra de las cosas?

Nos sugieren estas reflexiones lo que ha acontecido recientemente al aplicar la reforma de los planes de exámenes. Ha aumentado el número y variedad de asignaturas, pero el examinador no ha tenido siempre en cuenta que dichas materias no deben servir verdaderamente de base para la selección, aparte de casos manifiestos que no son lo general, sino que el ingreso ha de depender en parte principalísima de aquellas especialidades que hayan de constituir luego el fundamento de los conocimientos que han de adquirirse dentro de la Academia. Obrar de otro modo es muy dado á incurrir en errores y desaciertos que se traducirán más tarde en debilidad de la savia que ha de nutrir al organismo ejército, y ofrece también el peligro de que el preferido ó el reprobado censure las determinaciones del tribunal; porque así como los fallos de los examinadores son siempre respetados cuando se dictan sobre materias de su particular competencia, de la misma manera quedarán frágiles y endebles cuando versen sobre asuntos acerca de los cuales sólo posean una cultura general.

Estamos en unos tiempos en que en modo alguno conviene desviar del ejército á la juventud; claro es que resulta imposible admitir á todos los aspirantes, y verdad es asimismo que tampoco conviene aprobar sin ton ni son; pero de ésto á extremar los rigores desde el primer ejercicio hasta el último, hay una gran distancia; cuando se obra de esta última manera la diosa casualidad y la semidiosa despreocupación del examinando obran de un modo decisivo, con resultados casi siempre fatales. Extrémese el rigor, suspéndase á todos los aspirantes, si ello es indicado, no importa, pero hágase valiéndose como piedra de toque de las materias que luego han de servir para el estudio dentro de la Academia, y no de aquellas otras en que toda la ciencia del alumno ha de reducirse á una simple cultura general.

Un tribunal de gimnastas podrá suspender á centenares de aspirantes en el examen de gimnasia, sin que padezca su honorabilidad ni se atreva la murmuración á cebarse en él; pero si el implacable rigor lo demuestra no en la gimnasia, sino en el álgebra, por ejemplo, será objeto de censuras, que muchos encontrarán justificadas, y se restará simpatías en la opinión. Nosotros, los militares, no debemos restarnos simpatías; podemos demostrar la mayor austeridad y severidad como examinadores en los tribunales siempre que no nos apartemos de las materias en las que tengamos competencia oficial reconocida; las *víctimas* que sacrifiquemos no se alzarán contra sus *verdugos*, ni éstos padecerán en su reputación de justicieros; mas, en cuanto nos salgamos de nuestra especialidad nos encontraremos en terreno resbaladizo y sin defensa.

No olvidemos este punto de vista, ya que por ahora no se ha instituido todavía la prueba moral y de antecedentes de familia, que á nuestro juicio, como ya hemos manifestado en otras ocasiones, debiera ser la primera y más importante para ser admitido un joven como futuro oficial.

## EL DUELO DE ARTILLERÍA

Con este título han publicado la "Rivista di Artiglieria e Genio" un interesante artículo exponiendo las opiniones del general alemán Rohne y del comandante de la artillería francesa Buat.

No hay duda, dice este último, que una de las acciones más importantes de la artillería en el campo de batalla será el duelo con la enemiga, en el que tomará parte un número mayor ó menor de piezas, según la distribución de ellas en el campo de batalla, duelo que acabará por permitir á una de las artillerías contendientes apoyar á su propia infantería rompiendo el fuego contra la adversaria.

Las divergencias surgen cuando se trata de fijar el verdadero objetivo de este duelo. Los que se contentan con la neutralización, sólo pretenden tener al enemigo en jaque, sin pensar en obrar sobre las baterías de infantería. Otros persiguen la destrucción de la artillería enemiga, y á este efecto recomiendan entablar un combate á fondo. A tal fin, dividen sus baterías en dos grupos: una, el más débil, destinado á entretener el fuego de la artillería enemiga que á causa de su posición no haya podido ser reducida al silencio, y el otro, el más fuerte, quedará en aptitud de apoyar á su infantería.

Los que notienen el propósito de destruir al adversario y que se limitan á preservar las baterías de infantería del tiro de las baterías del adversario, obran con amplios frentes y con fuegos de escasa intensidad. En cambio, los que se proponen la destrucción, no vacilan en recomendar que se ponga en acción toda la artillería disponible, si es necesario. De modo que los primeros tratan de paliar el peligro, sin suprimirlo, mientras que los segundos buscan una resolución definitiva con la artillería enemiga antes de desarrollar la batalla.

El comandante francés es de este último parecer; como el reglamento francés no es bastante explícito sobre este punto, porque hace notar la dificultad que hoy se presentará para llegar á su resultado decisivo, cree Buat que si la lucha queda indecisa, será exclusivamente porque no se perseguirá á todo trance destruir al adversario. La utilidad de tener algunas baterías á disposición de la infantería para apoyar sus ataques resultará cara, toda vez que se correrá el riesgo de que en el momento más imprevisto resurja con toda su potencia el fuego de la artillería adversaria. A la lucha indecisa será preferible el combate á fondo; sobre todo, siempre se estará á tiempo de recurrir á la neutralización si es imposible obtener la destrucción. No basta mantener en actitud expectante á la artillería contraria, es mejor hacer desaparecer el peligro.

Se presenta entonces la cuestión de si en la actualidad puede ser decisiva la lucha de artillería. El jefe francés responde sin vacilar que sí.

Claro es, dice, que no cabe destruir todas las baterías del enemigo, porque, aunque el combate haya sido duro y empeñado, siempre quedarán algunos cañones ó baterías en disposición de continuar el fuego, pero lo esencial es que la parte mayor de dicha artillería quede fuera de combate.

Si no bastan los shrapnels para destruir al personal abrigado en escudos, se acudirá al fuego con granadas rompedoras. No todas las baterías enemigas podrán ocupar posiciones cubiertas, y los métodos y los proyectiles franceses son los más á propósito para obtener esta ventaja.

El duelo de artillería, siempre según el autor francés, se iniciará con un fuego de reconocimiento, haciendo que entren en acción sucesivamente las baterías. Este fuego dará lugar á la neutralización y podrá comenzar el periodo de destrucción. En esta fase, se empezará por batir las baterías enemigas que presenten mayor blanco, y se concluirá por las más ocultas ó invisibles cerca de las crestas, pudiéndose prescindir de las más abrigadas ó apostadas á mayor distancia.

Se conocerán los resultados obtenidos, no porque la artillería adversaria disminuya su tiro, sino haciendo que se empeñe la infantería y comprobando si dicha artillería continúa guardando silencio.

Desde el punto de vista del duelo de artillería, las baterías pueden clasificarse en visibles total ó parcialmente; no visibles, pero que se puedan encuadrar con facilidad entre dos límites; cubiertas, pero no lejos de la cresta cubridora y dentro del haz de proyectiles; cubiertas y situadas en contrapendiente; é invisibles.

Las baterías visibles en todo ó en parte son muy vulnerables y han de constituir el primer objetivo; la acción constará de dos periodos: el primero contra el personal y el segundo contra el material. Para conseguir el primer efecto, contra el personal, se encuadrará el blanco en una horquilla de 50 metros, pero como esta operación requiere cierto tiempo, es menester ante todo despojar á las baterías adversarias de la posibilidad de ofender á las nuestras ó de substraerse al tiro. Formada la horquilla se bate el terreno con shrapnel de espoleta de tiempos por medio de un tiro de ráfagas, las cuales obligarán al personal enemigo á resguardarse detrás de los escudos, impidiéndose así el movimiento de las baterías. Enseguida comenzará la fase de destrucción empeñando una nueva batería ó valiéndose de la ya en acción. Se disminuye la horquilla hasta 50 metros, y se rompe el fuego de eficacia con granada rompedora en un rectángulo de 50 metros de profundidad y de un frente igual al del objetivo. Cada pieza hará tres disparos: uno á distancia superior, otro á distancia intermedia y el tercero á distancia menor que la horquilla. Se necesitarán por término medio 36 granadas en series de tres disparos separadas por intervalos frontales sucesivos de 12 metros, de modo que en dos ó tres minutos estallen en una superficie de media hectárea del terreno que com-

prende el blanco. El resultado de este tiro ha de conducir necesariamente, dice Buat, á poner fuera de combate al personal enemigo, por cuanto abrigado detrás de los escudos no es improbable que un tiro afortunado destruya la pieza ó el armón.

Si la batería sólo es visible en parte, el frente se tendrá que apreciar por la humareda de los disparos, y se estará en el caso anterior.

La fase de la destrucción del material seguirá inmediatamente á la primera. El capitán con una sola de sus piezas dispara sucesivamente sobre las varias enemigas, valiéndose del shrapnel de percusión. Para cada pieza procede por series de 4 tiros con alza única, correspondiente á la distancia intermedia de la horquilla de 50 metros. Por lo menos dos y á lo más tres tiros han de resultar largos, y entonces se modificará 25 metros el alza en el sentido conveniente. De manera que con 120 disparos se podrá lograr la destrucción completa de una batería de 6 piezas, y sumando los proyectiles necesarios para poner fuera de combate al personal se tendrá un total de 150 proyectiles para alcanzar un resultado decisivo.

Si las baterías pueden escuadrarse fácilmente entre dos límites, no será difícil apreciar á cual de los extremos está más próxima aquella. En caso de duda será conveniente suponer la batería más cercana á uno de los límites, con preferencia al cubridor. El tiro se enderezará á cubrir sistemáticamente de proyectiles una zona determinada, siguiendo métodos parecidos á los puestos en el caso anterior. Se asignará á cada pieza una sección de frente, disminuyendo sucesivamente las alzas 25 metros á partir del límite superior hacia el inferior, y se ejecutará un tiro progresivo de tiempos para obligar al personal á mantenerse detrás de los escudos. Después se emprenderá la fase de destrucción.

Las baterías que no están alejadas de la masa cubridora y cuya posición se revela por el humo constituyen un caso que se presentará con frecuencia en el campo de batalla moderno. El blanco es análogo al precedente, con la diferencia de que no se tendrán datos para fijar la distancia. Esta se determina arbitrariamente. El reglamento francés recomienda que la horquilla comience á 100 metros de la cresta cubridora, y después, partiendo de 50 metros más del límite superior, retrocede de 25 en 25 metros. La experiencia enseña que la artillería se establece rara vez á más de 200 metros de la masa cubridora y que un tiro disparado al límite superior de aquella horquilla aumentada en 50 metros, en terrenos de inclinación media, no caerá á menos de 200 metros más allá del blanco. Según ésto la marcha será: primera fase, horquilla de 100 á 200 metros sobre la cresta y luego tiro progresivo y por ráfagas, partiendo del límite corto de la horquilla ó de este límite aumentado en 100 metros si se comprende que es demasiado corto; segunda fase, investigación de una horquilla de 100 metros con granada, por tiro de eficacia, retrocediendo de 25 en 25 metros desde el límite superior de la horquilla aumentado en 50 metros. Cuanto



más limitado sea el frente enemigo, tanto menor será el número de direcciones en las que las piezas habrán de disparar á las distancias indicadas y menor por consiguiente el consumo de municiones.

Si las baterías enemigas están cubiertas, en terreno en contrapendiente, se empezará por determinar el alza correspondiente á la intersección de la visual directa á la cresta con el terreno en contrapendiente. Puesto que la batería enemiga se revela por el humo, no estará muy distante de tal visual, y se estará en el caso de batir el terreno situado en los 200 metros detrás de aquella intersección. Como siempre, se comenzará por batir el terreno en profundidad valiéndose del shrapnel, pero como el terreno en contrapendiente tendrá por efecto disminuir el sector eficazmente batido, se hará fuego con tres ó cuatro alzas escalonadas en 100 metros. Se buscará luego la horquilla de 50 metros con granada, comenzando el tiro de eficacia á partir del límite superior de aquella intersección. Se tomarán dos alzas extremas que se diferencien en 400 metros, en lugar de 200, y se escalonarán las alzas en 50 metros en vez de 25.

Cuando las baterías son invisibles, se procurará descubrirlas desde otra posición para romper desde la última el fuego de flanco, que resultará más eficaz. Además, pronto entrará en la práctica el empleo de los aeroplanos para la observación del enemigo y del tiro propio.

El tiro de neutralización sólo ha de emplearse cuando por falta de medios ó de tiempo no se puede recurrir al decisivo. El reconocimiento que precede al duelo de artillería equivale á un tiro de neutralización hasta que se determina el frente adversario. Si éste es demasiado extenso para la fuerza artillera disponible, no habrá más remedio que contentarse con la neutralización. Mientras está empeñado el duelo de artillería, á la vez que algunas baterías proceden á la destrucción del adversario, las otras se limitan á entretener el tiro de las baterías más invulnerables. Terminada la lucha decisiva, las piezas enemigas que no hayan sido destruidas serán vigiladas con un tiro de neutralización.

En el último periodo del ataque, las baterías encargadas de su protección indirecta, así como las apostadas contra las posiciones que las artillerías enemigas puedan ocupar en el último momento, se limitarán á un tiro de neutralización, puesto que no se trata más que de ganar tiempo y de impedir que el enemigo pueda oponerse á los progresos del ataque.

Todos los métodos de tiro de neutralización se reducen á uno sólo. Tiro lento y continuo hasta que desaparezca la actividad del adversario, pasando al tiro rápido en cuanto se observe el menor indicio de fuego intenso ó de tentativa de ocupación de posiciones, según las circunstancias. El tiro lento se ejecuta por piezas; cada jefe de pieza recibe la indicación del frente y de la profundidad en que ha de distribuir sus tiros, así como la intensidad del fuego. El tiro rápido, siempre de tiempos, se hace por salvas ó ráfagas.

Hasta aquí el autor francés.

El general Rohne hace notar que las ideas anteriores son el fiel reflejo de las que predominan en Francia en todos los artilleros opuestos á las ideas del general Percin. El autor alemán no niega que sea preferible la destrucción á la neutralización; pero lo esencial es averiguar si con las municiones y el tiempo disponibles se pueden conseguir estos resultados destructores. En los más de los casos no habrá tal posibilidad.

Confirmando el principio de Buat de que conviene batir cuanto antes las baterías descubiertas, Rohne observa que su situación es hoy mucho menos expuesta que cuando carecían de escudos. Decir como afirma Buat que con 36 granadas que caen en un rectángulo de  $50 \times 100$  metros, ó sea 5000 metros cuadrados, quedarán fuera de combate los sirvientes de la batería es una quimera: en los tiros de ejercicio en tiempo de paz, con perfecta observación de los blancos y del fuego, el mero hecho de la dispersión es causa de que la horquilla rebase enseguida el límite de 50 metros; el 50 por 100 de tales horquillas son erróneas. En el tiro de eficacia, para pasar los límites en 25 metros será menester el empleo de otras dos alzas, ó sea 24 disparos suplementarios, de suerte que no serán dos ó tres minutos los precisos para este tiro sino cuatro ó seis. Y aunque ese tiro resulte eficaz, se está muy lejos de poderse afirmar que el personal quedará destruido.

El tiro de destrucción, una vez conseguido fijar al personal detrás de los escudos, requiere no menos, según Buat, que 120 proyectiles disparados uno tras otro. Rohne recuerda que lo mismo en Francia que en Alemania se reputa indiscutible que el tiro en tiempo de guerra será mucho menos eficaz que en las prácticas de los polígonos.

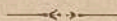
Con 100 proyectiles asegura Buat que se destruirá una batería encuadrada entre dos accidentes del terreno; pero como los proyectiles se dispersarán en una superficie de 20.000 metros cuadrados, se necesita ser muy optimista para hacer tal afirmación. No se destruye tan fácilmente una batería.

Con el mismo número de disparos cree Buat que se destruirá una batería situada á cubierto, pero denunciada por el humo, pero ¿quién le garantiza que la batería no distará más de 200 metros de la cresta. Si, por ejemplo, en la ondulación en que se cubre la batería el terreno asciende medio grado en dirección opuesta á la visual dirigida á la cresta cubridora, su humo será visible á la distancia de 400 metros, porque á esta distancia la batería sólo se encontrará 3,50 metros más baja que la cresta. ¿Qué se conseguirá con batir el terreno situado 200 metros detrás?

Tampoco cree el general Rohne que se logren resultados decisivos contra una batería en posición en terreno en contrapendiente, desde el momento en que la zona que ha de batirse ha de medir 400 metros.

Concluye su breve refutación el general alemán diciendo, que admiti-

do el duelo de artillería el tiro progresivo es el preferible, porque dá más inseguridad al terreno, perturba el servicio de la batería y el reabastecimiento, si se hace uso del shrapnel de tiempos. Con 20 shrapnels de tiempos cree que se obtendrán mejores resultados que con 100 granadas. Ciertamente un impacto pleno con granada es más eficaz, pero ello será una casualidad. Cuando se substituya el shrapnel por el proyectil único, lo que no tardará en suceder, habrá llegado la ocasión de tener en cuenta esos tiros fortuitos; antes, no.



Hace ya muchos años que el general Rohne mantiene discusiones y polémicas con sus colegas los artilleros franceses, y justo es decir que por lo general parece colocarse siempre en un punto de vista más práctico. Pero el hecho resulta curioso y se presta á reflexiones. Porque con los argumentos que una y otra parte exponen no se hace más que perfeccionar los métodos y procedimientos de la parte adversaria, resultando incomprendible que mientras se extreme el secreto sobre puntos diversos, se obre con tanta candidez acerca de otros no menos importantes.

De aquí se deduce que las conclusiones de los artilleros alemanes, en primer lugar, y despues las de los franceses, han de tomarse á beneficio de inventario, sin concederles más que una importancia relativa. Conviene recordar que el general Rohne, autoridad indiscutible de la misma talla que los Langlois y Percine, suele estar á menudo en desacuerdo con sus colegas y aun con los reglamentos alemanes, y parece extraño que sus ideas, que suelen triunfar en las polémicas de la prensa, no se lleven á las disposiciones oficiales. Cuesta trabajo creer que en materia tan trascendental como es la de los métodos de tiro de la artillería, hay tan poco apego por parte de Alemania y de Francia á reservarse la superioridad sobre el rival de hoy y el enemigo de ayer y de mañana.



## EL PORVENIR DEL AEROPLANO

Ha publicado recientemente *The Times* un curioso artículo sobre el porvenir del aeroplano como máquina de guerra, del cual artículo extractamos los principales conceptos.

A nadie debe extrañar el considerable número de víctimas que el vuelo en aeroplano está causando; cuando se visita una de las Exposiciones de tales artefactos, que con frecuencia tienen lugar en las grandes capitales, el observador entendido advierte desde el primer momento que abundan los aparatos construídos sin sujeción á los principios técnicos más

elementales, y á los que sus autores denominan, con harta pero triste razón, "inventos". Y se da el caso de que los pilotos y aviadores, que suelen no ser muy peritos en la materia, atraídos por la novedad y por su espíritu aventurero y osado, tripulan con preferencia tales aparatos despreciando los riesgos y lanzándose á peligros desconocidos; á menudo, el motor salva la vida del osado, pero más ó menos pronto éste paga con la vida su despreocupación ó su atrevimiento.

Los perfeccionamientos que se van introduciendo en los aeroplanos tienen lugar en dos sentidos paralelos: por una parte, se aumenta la velocidad y el radio de acción; por otra, el peso ó carga que pueden soportar. Si hasta hace poco los más de los aeroplanos sólo podían llevar un pasajero además del piloto, hoy van siendo más comunes los que pueden sostener tres ó cuatro y aun más personas, de modo que en un porvenir bastante próximo no hay duda que cada máquina podrá llevar un peso de 250 kilogramos mayor que ahora. Este peso es más que el necesario para acorazar los aeroplanos completamente contra el fuego de fusil y de ametralladoras, lo cual permitirá á la máquina volar sobre el enemigo á bajas altitudes, con perfecta seguridad en 90 casos de cada 100; el riesgo que se correrá en los diez casos desgraciados es escaso, porque las balas darán con preferencia en puntos no vitales del aeroplano—como acontece ya ahora—y el aparato podrá continuar su vuelo. Los cañones podrían destruir las máquinas voladoras, pero su tiro es extremadamente incierto dada la velocidad con que se deslizan en el aire. Aquel margen de carga permitirá también montar la radiografía á bordo del aeroplano para comunicar con los cuarteles generales hasta la distancia de 160 kilómetros, por ejemplo. De donde se deduce, que si hasta aquí han sido despreciables los aeroplanos como armas, no acontecerá lo mismo en un porvenir de dos ó tres años, á menos que se adopten medidas que descarten aquella eventualidad, tales como la del estudio de nuevas piezas especiales más eficaces que los cañones de hoy.

El referido suplemento de peso permitirá al mismo tiempo realizar vuelos de triple duración que actualmente. Podrán duplicarse las máquinas, quedando una amplia fuerza ascensional con un solo motor. Se facilitará la toma de tierra en cualquier paraje, y el aparato dispondrá de medios más poderosos para volar cómo y cuándo convenga. No hay que preocuparse demasiado de las averías ligeras de los motores, porque todo piloto experimentado ha practicado repetidas veces el descenso en vuelo planeado, que resulta mucho más agradable que con el motor en marcha; la única dificultad es que queda reducida el área de toma de tierra, y como ella no puede estar enclavada en la superficie ocupada por el enemigo, se correrá el riesgo de caer en poder de éste; pero los dobles motores alejan esta contingencia.

No está lejano el día en que un aeroplano pueda volar y efectuar un

recorrido de larga duración con un viento de 80 kilómetros por hora, sin verse obligado á descender y sin temor á los peligros enemigos. Tampoco cabe desconocer que á poco que pueda aumentar aqnel margen de peso de 250 kilogramos, podría armarse el aparato con una ametralladora ó pequeña pieza que pesara de 25 á 40 kilogramos, y llevar una pequeña dotación de municiones. Resultaría entonces un arma invisible ó poco menos, prácticamente invulnerable, que podría cortar las líneas de etapas y de comunicaciones y poner en grave aprieto al ejército de operaciones. Una escuadrilla de aeroplanos causaría en este concepto graves é irreparables daños. La guerra es un juego de ajedrez, en el que cada partido ve los movimientos que efectúa el adversario; estos movimientos se emprenden para ocupar determinadas posiciones, y ello á su vez exige colosales abastecimientos y movimientos de retaguardia; la guerra aérea podría conducir á la capitulación ó retirada de un ejército simplemente por privarle de los abastecimientos.

En estos términos se presenta el inmediato porvenir; y conviene estar prevenidos para hacerle frente, antes de que la amarga experiencia enseñe, cuando ya sea tarde, á los que se hayan descuidado ó desprecien por imprevisión ó exceso de confianza las pequeñas máquinas voladoras.



## OJEADA SOBRE LA GUERRA TURCO-BALKÁNICA

(*Ligeras consideraciones y conclusiones*)

(Continuación)

“El arte de la fortificación no consiste en otra cosa que en hacer de modo que un corto número de tropas pueda defenderse de otro mayor.,—*Montecuculli*.

“Militares hay que preguntan para que sirven las plazas fuertes, los campos atrincherados, el arte del ingeniero; á nuestra vez les preguntamos, que cómo es posible maniobrar con fuerzas inferiores ó iguales sin el apoyo de las posiciones, de las fortificaciones y de todos los medios suplementarios del arte.“—*Napoleón*.

“No existe hombre de guerra que ignore que, para tomar un buen reducto, se necesita casi un sitio; que se emplean muchos batallones para atacarlo por varios lados á la vez, y que con gran frecuencia se rompe uno la cabeza contra uno de sus parapetos.—“*Mariscal de Sajonia*.

“Las plazas fuertes son las áncoras de la esperanza que salvan á los Estados.,—*Montecuculli*.

“En tiempo de paz es cuando hay que prever, y poner los muros y las máquinas de guerra en buen estado de defensa; porque si el enemigo os sorprende en esos trabajos, introducirá en ellos el desorden y el temor.,—*Vegecio*.

Pocas fortalezas, pero bien situadas y construidas, son un modo seguro de invertir el dinero.,—*Moltke*.

El valor de las fortalezas bien construidas se ha vuelto a manifestar en esta guerra, lo mismo que en la ruso japonesa. ¿Qué éxitos hubieran podido alcanzar los montenegrinos, no habiendo tenido que detenerse ante las fortificaciones de Skutari? Y con cuánta mayor facilidad habrían podido los búlgaros reforzar su ejército en campaña, no estando la única línea férrea que existe, interrumpida por la fortaleza de Adrianópolis? A no existir Port Arthur en la guerra de 1904-05, las fuerzas del general Nogi hubieran podido tomar parte en las batallas realizadas en la Manchuria, para mayor desgracia de los rusos.

## V

“Para hacer mover un gran ejército, debe el que lo manda tener cien voces, cien ojos, cien oídos. Estas voces, ojos y oídos son los oficiales de estado mayor.,—*Lamarque*.

“Entre el número de las atribuciones del Estado Mayor en tiempo de paz, se encuentra la misión de estudiar, en sus más minuciosos detalles, el agrupamiento de las grandes masas, así como el transporte de las mismas, en la eventualidad de una guerra cualquiera; y tener dispuestos de antemano los proyectos de ejecución necesarios.,—*Prescripciones del Estado Mayor alemán en la guerra del 70*.

“Un buen Estado Mayor tiene la ventaja de ser más duradero que el genio de un solo hombre, pues conserva las tradiciones, y es la mejor salvaguardia de un ejército.,—*Jomini*.

“No hay en la guerra operación bien dirigida ni triunfos duraderos posibles, si no está perfectamente constituido y desempeñado el servicio de Estado Mayor.,—*Barón Lahure*.

“Lo que sobre todo recomiendo, es que no vuelva á la actividad ningún, coronel ó Jefe retirado ó reformado. Es preciso dejar en descanso á los hombres juzgados como inútiles de mucho tiempo atrás.,—*Napoleón*.

“En nuestros días se han venido bastardeando las legiones, desde el momento en que la intriga se ha ido llevando las recompensas debidas al verdadero mérito, y que va hasta el favor para llegar á los grados que no se obtenían en otro tiempo sino por los talentos y los servicios acreditados.,—*Vegecio, Causas de la decadencia de las legiones*.

“Una de sus máximas era., que había que temer al enemigo de lejos, para no temerle de cerca y poder alegrarse de su aproximación.,—*Bosuet-Oración fúnebre de Condé*.

Otro punto sumamente instructivo es el que se refiere al Estado Mayor General, y las experiencias que se han hecho en esta guerra nos enseñan que esa institución, que es la cabeza del ejército, siempre debe estar

al corriente de todos los progresos, profundizando y ampliando sin descanso sus conocimientos, ejercitándose constantemente en el desempeño de su misión y perfeccionándose en cuanto pueda, á fin de llevarlos á cabo, al estallar la guerra, con energía y eficacia.

Ahora bien, la mayor parte de los oficiales turcos pertenecientes al Estado Mayor General, gozaban de una instrucción militar moderna y muchos de ellos habían estudiado en Alemania. Pero no pudieron emplear sus conocimientos teóricos, porque en tiempo de paz no tenían oportunidad de ejercitarse en ello; no había en el ejército turco juegos de guerra; excursiones de instrucción práctica... y rara vez se realizaron maniobras en mayor escala. Así, pues; no teniendo ocupación extensiva alguna, se consagraban á la política y la sociedad en la capital ó se fastidiaban en cualquiera pequeña guarnición.

Por consiguiente, no podían compararse con sus camaradas búlgaros, que desde hace tiempo trabajaban asiduamente y sin descanso, para llegar á cumplir su alta misión con el mayor éxito posible.

En la misma situación se hallaba la generalidad turca; los de la antigua escuela no conocían á fondo la ciencia militar moderna, y los adeptos de la escuela moderna se ocupaban ya poco en su profesión, no estudiaban, metidos unos en la política y otros tratando de escalar y escalando los altos puestos sin más méritos que la intriga. Entre los primeros había discordia y envidia, y entre otros, los modernos, el egoísmo negro y, al estallar la guerra repentinamente, se produjeron los mismos fenómenos que ya se observaron en la guerra ruso-japonesa y que paralizaron, más de una vez, los esfuerzos de la dirección superior rusa. Por otra parte el gobierno tomó muchas disposiciones que debían resultar en perjuicio de la disciplina, nombrando, por ejemplo, para jefes de Estado Mayor de los ejércitos, á oficiales que, aunque tenían una edad de 45 años aproximadamente, ya habían sido generales de división bajo el antiguo régimen y después de la evolución de 1909, habían retrocedido obteniendo el grado de coroneles.

Por estas razones, los generales y jefes de Estado Mayor búlgaros, que tenían todos una edad de 45 á 50 años, se mostraron de todo punto superiores á los turcos.

Todas estas circunstancias nos enseñan que una de las condiciones primordiales, para la capacidad de combate de cada ejército, es que se haga todo lo posible para que los jefes se ocupen intensivamente en los problemas de su profesión, desarrollen sus talentos y profundicen sus conocimientos durante la paz.

## VI

“Un ejército, en cuanto á su organización y su acción puede compararse á una máquina que, para ser útil ha de unir á la solidez una gran

sencillez en sus órganos, de modo que el hombre menos instruido pueda hacerla mover, entretenerla y repararla.,.—*General Mopand*.

“Observamos en la actualidad, que nuestros ejércitos descaecen mucho por el trabajo inmoderado de los soldados; y precisamente por un trabajo inmenso se conservaban los romanos. En mi concepto, la razón de ésto consiste en que sus fatigas eran continuadas, al paso que nuestros soldados pasan sin cesar de un trabajo extremado á una extrema ociosidad, cosa la más propia para sumirlos en la postración.,.—*Montesquiu*.

“Es preciso endurecer á los ejércitos con los trabajos y las fatigas; no dejarlos holgar en la molicie de las guarniciones en tiempo de paz.,.—*Jomini*.

“En tiempo de paz es cuando se hacen los soldados; pero es preciso hacerlos para la guerra por medio de los ejercicios variados é inteligentes, y no de paradas.,.—*Coronel Cournaule*.

“No basta que el soldado sepa cargar su fusil y hacer seis disparos por minuto; es preciso que tire sobre seguro; que sus proyectiles detengan y desordenen al enemigo. De aquí lo importante: ejercitar mucho á la tropa en el tiro al blanco.

¡Se quema tanta pólvora inutilmente en fuegos artificiales y en vanas diversiones, y se sentirá la que se consume en bien de la conservación y de la gloria del Estado!.,.—*General Morand*.

“Un puñado de *coca* y otra de *cancha* era la ración de cada uno de los soldados de la Brema, desde el jefe hasta el recluta, y sin más anduvieron más de 200 leguas por encima de los nevados Andes, porque su cuerpo estaba endurecido por las fatigas de la lucha y su alma enardecida por la fe en la defensa nacional.,.—*General Cáceres*. (Guerra en el Perú y Chile Campaña del Centro 1883.) (1)

---

(1) La *coca* es un arbusto del Perú cuyas hojas son muy estimulantes y alimenticias.—*Cancha* es el maíz tostado, que constituye el alimento principal de los indios de la sierra del Perú.

(1) Capitán *Cuervo de Ibarra*, Estudios técnicos sobre Infantería.

(Concluirá)

J. C. GUERRERO.

(Dresden Alemania)